

—El infante don Juan Manuel, dijo el infante don Pedro.

—¿Qué decís del infante don Juan Manuel? dijo azorada Zayda Fatima: ¿que viene ahí el infante don Juan Manuel?

—Sí; su tío don Enrique el Senador le envió un correo, á fin de que saliera á recibirme al Abrojo: por lo mismo, como no conozco personalmente al infante don Juan Manuel, por él os tomé cuando os llamásteis infante, por mas que no comprendiese que siendo él me hubiéseis combatido.

—¡Ah! dijo Zayda Fatima, ¿conque el infante don Juan Manuel, á pesar de sus pocos años, anda ya en traiciones contra su buena tia? ¡Ah! nos veremos, señor infante, nos veremos!

Y avanzó su caballo hácia el escuadron que se acercaba.

## VIII.

De aquel escuadron se adelantaron dos ginetes al encuentro de Zayda Fatima y del infante don Pedro, que se habian adelantado tambien.

—¿Quién va? dijo Zayda Fatima al llegar á cierta distancia.

—¿Viene ahí el infante de Aragon? contestó una voz juvenil, pero enérgica, alentada.

—Aquí viene prisionero, contestó Zayda Fatima.

—¡Esa voz!.... exclamó con acento un tanto trémulo, el uno de los caballeros del escuadron recientemente llegado y que habia hablado antes: ¡yo conozco esa voz!.... ¡pero no puede ser! ¡es imposible!

—Nada hay imposible cuando Dios quiere, dijo la sultana Zayda Fatima; pero si me habeis reconocido, como parece, guardadme el secreto, infante, si como creo por vuestra voz, sois el infante don Juan Manuel.

## IX.

A este punto se habian unido los cuatro ginetes.

—¿Cómo os llamais ahora? dijo conmovido el infante.

—Me llamo el caballero del Aguila Roja, contestó Zayda Fatima; ese es mi nombre de guerra.

—¿Vuestro nombre de guerra! exclamó el infante don Juan Manuel.

—¿Qué quereis? yo he nacido para la lucha.

—¿Pero dónde habeis encontrado fuerzas?

—Ya en los reinos de mi padre era yo fuerte, contestó Zayda Fatima; y además, Dios fortalece á aquel á quien quiere ayudar.

—¿Os conoce vuestra gente? A no ser que esta gente sea del infante de Aragon, que os acampañe, y á quien saludo.

—No, no, señor infante don Juan Manuel, dijo el infante don Pedro; la gente mia que ahí viene, viene prisionera, y prisionero vengo yo tambien.

—¿En prision os ha puesto el caballero del Aguila Roja? exclamó el infante don Juan Manuel: no estrañeis que me asombre; ya sabia yo que habia hecho prisioneros á otros, pero en una guerra muy distinta, añadió el jóven infante suspirando. ¡Ah señor caballero del Aguila Roja! ¡que Dios os perdone el daño que habeis hecho!

—No ha sido mia la culpa de ese daño, dijo Zayda Fatima, y tal vez á mí es á quien mas daño haya hecho; no hablemos de esto; son cosas pasadas; hablemos de lo que importa; pero eso lo hablaremos cuando llegemos adonde tengo yo mi campo, dentro de la Selva del Abrojo, que estamos tocando, y por la cual vamos á internarnos.

—¿Y creéis vos, caballero, dijo el infante don Juan Manuel, que puedo yo permitir mantengais preso á mi primo el infante don Pedro?

—Vos hareis lo que yo os mande, dijo Zayda Fatima con un acento en que encontró un misterio inesplicable el infante de Aragon, y no obligareis á mi gente á que enristre de nuevo las lanzas.

—¡Cuán bien se conoce, dijo el infante don Juan Manuel, que conoceis hasta qué punto me dominais!

—Marchemos, marchemos, dijo Zayda Fatima; la noche está fria, y la pasaremos mucho mejor al fuego en el rústico alcázar que tengo yo en la selva.

—Marchemos, dijo don Juan Manuel; y si os place, pueden unirse mis escuderos con los vuestros y con los del infante de Aragon.

—Sea, dijo Zayda Fatima.

Y volviéndose á los suyos, que llevaban en medio de sí prisioneros á los del infante de Aragon, les mandó que se uniesen á los del infante don Juan Manuel.

Ya en esta forma, la marcha continuó.

## X.

Anchas y pesadas nubes habian aumentado la oscuridad de la noche, y empezaba á llover menudamente. El aire era intensamente frio.

—Caminemos deprisa, dijo Zayda Fatima; la noche se hace cruda.

Y puso al troté su caballo.

Todos, el infante don Juan Manuel, el caballero que le acompañaba y que habia permanecido mudo, el infante don Pedro y los hombres de los tres escuadrones, pusieron sus caballos al trote.

Zayda Fatima y don Juan Manuel iban muy delante, precedidos á buena distancia de Farfan y de Ciervo-veloz, que, como prácticos en la selva por la que habian penetrado, iban de adalides ó guias.

—No sé si bendecir ó maldecir mi fortuna, dijo don Juan Manuel, porque al fin os encuentro.

—Cesemos, cesemos, infante, dijo Zayda Fatima; es muy fatigoso hablar cuando se va al troté.

—Pues pongamos los caballos al paso.

—No tal; el frio es un enemigo contra el cual no hay mas defensa que el fuego; vamos en busca de un hogar hospitalario, y cuanto mas deprisa mejor.

—¡Ingrata! exclamó el infante don Juan Manuel.

—Mirad, dijo Zayda Fatima, que el viento nos da de cara, que puede llevar vuestras palabras á los que nos siguen, y se estrañarán grandemente de oiros llamar ingrata á un bravo capitán como yo.

—¡Bravo capitán! exclamó con asombro el infante don Juan Manuel.

—Y tan bravo, contestó Zayda Fatima, que si no atravieso de parte á parte, á pesar de su buen arnés, á cierto capitán de aventuras, no me obedecerian ahora los feroces aventureros con quienes he preso á todo poder al infante de Aragon don Pedro; como os hubiera preso á vos, señor infante don Juan Manuel, si obedeciéndome no me hubiérais seguido.

—Conocia el poder de vuestros hechizos, pero nunca hubiera creido que vuestro brazo pudiese tanto como ellos.

—No os olvideis de que el viento arrastra vuestras palabras, don Juan Manuel, y sobre todo, no me obligueis á fatigarme; sed el mismo galán caballero de siempre, si no quereis que me enoje.

—¡Ah! no encuentro defensa contra vuestra tiranía, y me someto á ella.

—Veamos si eso es cierto.

—Mandad.

—Callaos, y no volvais á hablar ni una sola palabra hasta que llegemos adonde vamos.

El infante don Juan Manuel solo contestó con un suspiro. Su conversacion quedó de todo punto cortada.

Pero detrás de ellos se oia el murmullo de otra conversa-

cion: los que la sostenian eran el caballero con quien habia adelantado el infante don Juan Manuel al encuentro de Zayda Fatima, y el infante de Aragon.

## XI.

—¿Sois de la casa del señor infante don Juan Manuel? habia dicho don Pedro á aquel caballero.

—Sí señor; soy mayordomo del señor infante, y me llamo Lope Gonzalez de Aytona.

—Por lo Aytona venís de Aragon, dijo el infante don Pedro.

—De allá vinieron mis abuelos á Castilla, contestó Lope Gonzalez, por unas diferencias que tuvieron con el gran don Jaime I, por las que se libertaron del pleito homenaje al rey de Aragon y se pasaron á estos reinos de Castilla.

—Debe sin embargo tiraros vuestra buena sangre aragonesa, dijo el infante.

—¿Y quién lo duda? dijo Lope Gonzalez: tanta vanagloria tengo por haber venido de Aragon mis abuelos, como por haber nacido en Castilla.

—Buen reino es este.

—No le va Aragon en zaga.

—Unidos Aragon y Castilla, mandarian en el mundo entero.

—Agrido está lo de unirse los dos reinos; y si no, ahí teneis la cruda guerra que se hacen, y á la cual se ha dado una tregua mirando á vuestro casamiento con la reina doña María.

—Si ese casamiento no se hace, os juro, señor Lope Gonzalez, que muero desesperado.

—Pues parece que mucha fuerza habeis de hacer á la reina para que este casamiento se haga. ¿Conoceis bien á su señoría, señor infante?

—No la he visto nunca; de tierras de Aragon pasé á Andalucía, donde me esperaba mi buen primo el infante don Enrique.

—¿Y amais á su señoría sin conocerla?

—He visto un retrato suyo, que muestra que la verdad ha de ser mucho mas hermosa que la pintura; sueño con la reina, por la reina vivo, y por eso os he dicho que si á la reina no tengo, muero.

—¡Hum! dijo Lope Gonzalez: antójaseme que la reina no ha de ver en ningun hombre lo que vió en el difunto rey don Sancho.

—La reina es jóven: á los muertos se les llora, y despues.... despues.... cuando se les ha llorado bastante, se piensa en los vivos.

—No conoceis á la reina mi señora, señor infante, dijo Lope Gonzalez: la reina doña María mira al bien de sus reinos antes que á sí misma, y es una matrona en quien Dios ha puesto todas las virtudes de la mujer fuerte; Dios la ayuda: tres años lleva de gobernar estos reinos, y en estos tres años, aunque no ha cesado ni un momento el vendabal, ha resistido firme como una roca; se la ha acometido de todas maneras, con la traicion, con la calumnia, y siempre ha encontrado en su corazon fuerzas para luchar y vencer.

—Parece que vos estais tambien enamorado de la reina, señor Lope Gonzalez.

—La admiro, aunque alguna vez he militado contra ella. Porque ¿qué quereis que suceda en nosotros, que somos satélites de nuestros señores y que vamos adonde ellos van? Mi amo el infante don Juan Manuel, aunque es muy jóven, es ambicioso, y no pierde de vista los Señoríos del reino de Murcia que tuvo su padre, y que le fueron quitados por el rey don Sancho á cambio de otros Señoríos; el infante quiere, á mas de los del trueque, aquellos por los que se trocaron, y allá se va con los que le aconsejan y le ofrecen ayuda, y se viene á la reina cuando mejor le conviene, y así andamos; hanle ofrecido ahora el infante don Enrique que si os ayuda en vuestras pretensiones tendrá lo de Murcia, y hé aquí por qué ha salido á recibiros secretamente encubierto por la noche: pero ¿cómo es que os hemos encontrado prisionero, señor infante?

—¡Ah! ¡callad! la reina lo sabe todo; en todas partes tiene

defensores; he sido acometido por un escuadron de demonios, contra los cuales no he podido valerme; por unos que se llaman los Hermanos de la Selva, y que tienen por capitán un infante joven de no sé qué casa de rey.

—Puede ser que sea de casa de rey moro, dijo con reserva Lope Gonzalez, que habia reconocido tambien á Zayda Fatima, pero que guardaba el secreto porque no conocia las intenciones de su amo.

## XII.

—¿Y cómo anda la corte, señor Lope Gonzalez?

—Como siempre, revuelta: si se ha de creer á lo que dicen los unos y los otros, la reina no tiene mas vida que la que le dan los bandos; pero la verdad es, que aunque todos la hacen la guerra, allegándose al uno y separando de sí al otro, los tiene tan divididos y tan desorientados, que no hacen cosa de provecho: en cuanto á vos, señor infante, os aconsejo que vayais echando paciencia, y que obreis con mucha cautela; porque tenéis grandes enemigos, especialmente en el infante don Juan, que como tío del rey tiene sobre él mucho predominio, y no quiere perderle como le perderia si con vos se casase la reina.

—Pues os juro que ó es la reina mía de buen grado, ó la hago la guerra, la estrecho y la obligo, para tener paz, á que conmigo se case.

—Sucumbireis como todo el que se ha puesto enfrente de la reina; tiene esta señora muy buena estrella.

—Pues mirad no se eclipse.

—¿Os olvidais de que os han hecho prisionero por la reina gentes que la sirven?

—Y bien, no porque haya sido vencido he de perder la esperanza; esto ha sido una sorpresa, y no creo que se atrevan á tener prisionero en Castilla á un hermano del rey de Aragon.

—Como os han hecho prisionero, podrán mataros mañana.

—Confio en Dios y en mi corazón: pero ¿qué es esto? una bocina manda hacer alto; ¿habremos llegado?

## XIII.

En efecto, habian llegado ya á la gran choza que servia de habitacion al capitán de los Hermanos de la Selva.

Zayda Fatima y el infante don Juan Manuel echaron pié á tierra.

La infanta dió orden para que se alojasen todos los escuderos y se les tratase bien, tanto á los del infante don Juan Manuel como á los del infante don Pedro, y estremando con este su severidad de vencedor, mandó á Ciervo-veloz le llevase preso á su cabaña y le pusiese buena guarda: la importaba hablar con el infante don Juan Manuel, y entró con él sola en la cabaña.

Farfan habia puesto un gran fuego en el hogar, y habia salido.

Ciervo-veloz y los cuatro escuderos particulares, por decirlo así, de Zayda Fatima, se quedaron de guardia junto á la gran choza, y encendieron otra grande hoguera, alrededor de la cual se sentaron.